

CLAVES DEL ESTILO

» **EDUCATIVO MARISTA**

El estilo educativo marista se ha ido forjando a través de generaciones. Forma parte de una dimensión de la misión marista. El estilo educativo mantiene el hilo conductor de lo que podemos identificar como la razón de ser del Instituto marista: la educación de niños y de jóvenes como buenos cristianos y buenos ciudadanos, con dedicación especial a los más desatendidos.

Queremos promover una mirada a nuestros orígenes, volviendo a las fuentes para conectar con las intenciones fundacionales de San Marcelino y de los primeros Hermanos. Se trata de contemplar nuestros orígenes educativos con gozo. Champagnat y los primeros hermanos forjaron el patrimonio marista hecho de valores, de espíritu, de formas de vida, de pasión apostólica, de intuiciones educativas... y que generaciones de maristas han dado lo mejor de sí para mantener viva esa llama de la misión marista hasta nuestros días. Todo con un mismo fin: educar cristianamente a los niños y a los jóvenes.

La serie de artículos que iremos sacando en Estrella del Mar, uno al mes, pretende fortalecer nuestro espíritu y motivar nuestra misión ante los desafíos actuales, en armonía con el corazón apostólico de Champagnat.



CLAVE

02

EN ESPECIAL A LOS MÁS NECESITADOS

PARA ELLOS HEMOS SIDO FUNDADOS



LAS NECESIDADES DE LOS POBRES
PREOCUPABAN SIN CESAR AL BUEN PADRE,
Y HABLABA DE ELLAS EN TODA OCASIÓN.

(Vida p. 527)



Marcelino Champagnat fundó el Instituto Marista para educar cristianamente a los niños y jóvenes, en especial a los más desatendidos. Por consiguiente, el estar pendiente y atender a los más necesitados en nuestras obras es parte de nuestra razón de ser como maristas. **La atención a los más necesitados conforma nuestra identidad personal y nuestro perfil institucional.**

EL CORAZÓN COMPASIVO DE MARCELINO

Marcelino no podía ver sufrir a nadie sin sentirse movido a compasión y desear aliviarlo. Al llegar de coadjutor a Lavalla, se encontró con que algunos padres, pobres y descuidados, dejaban a sus hijos en completa ignorancia de las verdades religiosas, por no mandarles a la escuela ni al catecismo. Recogió a esos muchachos en casa de los Hermanos, y se encargó de alimentarlos y vestirlos. El primer año recogió a doce; el número se incrementó en años sucesivos y recibió a cuantos cabían en la casa. Sus obras de beneficencia no se limitaban a los niños; llegaban a todos los pobres de la parroquia: ninguno acudió a él sin verse socorrido. A unos les proporcionaba pan; a otros, ropa, vestidos. Hacía preparar alimentos apropiados para los enfermos y mandaba a dos Hermanos o a una persona caritativa para velarlos durante la noche².

Un día vinieron a llamarle para asistir a un enfermo. Acudió inmediatamente a visitarlo y encontró al enfermo echado sobre unas pajas y en la más estricta pobreza. Movido a profunda compa-

¹ El P. Champagnat escribe a Juan María Granjon, el 1 de diciembre de 1823: "Respecto a Lavalla, parece que vamos a tener bastantes niños y bastantes pobres. Gracias a Dios, haremos cuanto podamos para alimentarlos" (LPC 1, doc. 1, pág. 30). Cfr. OME, doc. 166 (17), pág. 445.

² Cfr. Vida, p. 356



Les ofreció instrucción, sustento, vestido y los albergó en familias de confianza, siguiendo de cerca su conducta, orientándolos y haciendo para ellos las veces de padre.



sión ante tanto sufrimiento y desamparo, primero dirigió al enfermo unas palabras de consuelo. Luego se apresuró a llamar al Hermano administrador y le ordenó que enviara inmediatamente un jergón, sábanas y mantas para el enfermo. Pero, Padre, le advirtió el Hermano, no disponemos de ningún jergón en este momento.

-¡Cómo! -repuso el Padre-, ¿que no hay un solo jergón en toda la casa?
- Estoy seguro de que no queda ni uno. Recuerde que el último lo entregué hace pocos días.

Sus obras de beneficencia no se limitaban a los niños; llegaban a todos los pobres de la parroquia: ninguno acudió a él sin verse socorrido.

- Pues vaya y tome el de mi cama, y lléveselo inmediatamente a este pobre enfermo³.

En los inicios de la escuela de La Valla llegaron también algunos niños pobres. Los recibieron con cariño y solicitud; y la comunidad, aunque sin recursos, proveyó a todas sus necesidades. El padre Champagnat, que tenía confianza sin límites en la Providencia, quiso tomar a su cargo incluso a varios niños huérfanos o abandonados. Les ofreció instrucción, sustento, vestido y los albergó en familias de confianza, siguiendo de cerca su conducta, orientándolos y haciendo para ellos las veces de padre. El primer año se ocupó de doce niños pobres a los que atendió en todo. A alguien que censuraba su actuación y lo acusaba de sobrecargar a la comunidad, le respondió: "Siempre he oído decir que ni limosna trae pobreza, ni misa causa demora. Bien, pues vamos a comprobarlo." Luego añadió con un profundo sentimiento de fe: "Dios, que nos manda estos niños y nos dará gracia de recibirlos, nos dará también con qué alimentarlos."⁴

3 Cfr. Vida, p. 356

4 Cfr. Vida, p. 119

HEMOS NACIDO DE UNA EXPERIENCIA DE SOLIDARIDAD.

A finales de octubre de 1816, llamaron al padre Champagnat para que acudiera al lecho del joven Jean Baptiste Montagne que, a la edad de 17 años, se moría sin apenas haber oído hablar de Dios. En los ojos de este muchacho percibió el clamor de millares de jóvenes que, como él, eran víctimas de una trágica pobreza humana y espiritual. Este hecho le movió a entrar en acción, animando a los Hermanos a salir al campo a buscar a los niños y jóvenes, sobre todos los más vulnerables, para que tengan la oportunidad de una educación digna y de conocer a Jesucristo y amarlo. Los maristas hemos nacido de una experiencia de solidaridad.

La vida de Marcelino está llena de rostros de niños y jóvenes a los que ve con mirada compasiva. Mirada compasiva que iba unida a su acción generosa y solidaria: Son los *pastorcitos* y otros niños que encontraba en el campo o en las casas cuando iba a visitar a los enfermos y con los cuales permanecía

Los rostros que ve Marcelino con mirada compasiva son los de los niños de la aldea que reunía en su habitación en tiempo de vacaciones como seminarista, a los que enseñaba el catecismo y las oraciones



En los ojos de este muchacho percibió el clamor de millares de jóvenes que, como él, eran víctimas de una trágica pobreza humana y espiritual.

horas enteras dando el catecismo. Son *los niños ociosos de pandillas*, abandonados a su suerte, jugando en la calle, que viéndolos le llevaba inmediatamente a exclamar: “*Estos niños quizá no conocen a Jesucristo...*”. Son los jóvenes obreros que ve en la calle y que le lleva a decir: “*Qué buenos novicios podrían llegar a ser si vinieran con nosotros*”⁵.

Los rostros que ve Marcelino con mirada compasiva son los de *los niños de la aldea* que reunía en su habitación en tiempo de vacaciones como seminarista, a los que enseñaba el catecismo y las oraciones⁶. Son *los niños de las primeras escuelas*, que visitaba frecuentemente y que aprovechando las clases de dibujo y geometría o de historia... les hablaba

de cuánto les amaba Dios⁷. Son *los niños que encuentra en las calles* de París pidiendo limosna y a los que se la promete si aprendían algo de religión; recompensa que cumpliría satisfecho después del compromiso de los niños. Son *los niños abandonados* por padres pobres y descuidados,

que dejaban a sus hijos en completa ignorancia de las verdades religiosas, por no mandarles a la escuela, y a los que Champagnat recogía en casa de los Hermanos Son *los niños más pobres de la clase*, considerados por Champagnat como causa de bendición y prosperidad cuando se los mira con ojos de fe y se los trata como a miembros dolientes de Jesucristo⁸. Son *los niños de La Valla* para los que ni el frío, ni la nieve, ni

la lluvia... era capaz de arredrarlos cuando tenían que ir a la catequesis y hacia los cuales se manifestaba como un auténtico amigo⁹.

Marcelino Champagnat vivió entre estos niños y jóvenes, los amó entrañablemente, y les dedicó todas sus energías. Como discípulos suyos nosotros también experimentamos una alegría especial al compartir nuestro tiempo y nuestra persona con ellos, los más desfavorecidos, nos hacemos eco de sus aspiraciones y les ayudamos en sus dificultades.

5 Cfr. Vida, p. 504

6 Cfr. Vida, p. 24

8 Cfr. Vida, pp. 519-522

9 Cfr. Vida, p. 43

PARA ELLOS HEMOS SIDO FUNDADOS.

La atención a los niños y jóvenes más necesitados forma parte de la identidad originaria de nuestro Instituto. Su atención prioritaria constituye la opción institucional de base. Es una de las señas de identidad de la misión marista. “Esta buena obra, decía Marcelino, me atrae cada vez más, ya que no se aparta de nuestro objetivo, *que es dedicarse principalmente a la educación de los pobres*¹⁰.” Entre los primeros compromisos que exigía a los Hermanos, se menciona expresamente éste. El padre Champagnat lo consideró tan importante, que lo puso en primer lugar. *Nos com-*



¹⁰ Cfr. Carta. 28, Julio/1833

*prometemos, ante todo, a instruir gratuitamente a todos los niños pobres que nos presente el señor párroco*¹¹. No se conformaba con que se les enseñase el catecismo; quería que, además, les impartiesen cuantos conocimientos pudieran serles necesarios según su posición social, y que no hubiese diferencia alguna de trato entre ellos y los niños ricos¹².

Con esta señal de identidad marista es como Marcelino canalizó la vocación educadora de los primeros hermanos en La Valla: “Ya que desean entregarse a la instrucción cristiana de los niños, que es el fin de su vocación y cosa que apruebo totalmente, *quiero que consagren las primicias de su apostolado a los niños más ignorantes y desasistidos*. Les propongo, pues, que vayan a dar clase por los barrios de la parroquia”. La propuesta fue acogida no sólo con respeto y sumisión, sino además con alegría. Los campesinos de los caseríos donde fueron los hermanos, encantados y edificadas por la entrega, sencillez y celo de los hermanos, dieron testimonio de su profunda satisfacción a Champagnat.

¹¹ Cfr. OME, doc. 342, pág. 103 y doc. 52, pág. 138.

¹² Cfr. Vida, p. 361

“SED BONDADOSOS CON LOS NIÑOS MÁS POBRES, LOS MÁS IGNORANTES Y LOS MENOS DOTADOS”.

El educador marista intenta hacerse presente entre todos aquellos que están a nuestro cuidado en nuestros centros, con el espíritu compasivo de Marcelino. Escuchamos atentamente sus palabras: “Sean bondadosos con los niños más pobres, los más ignorantes y los menos dotados; háganles preguntas y traten de demostrarles en todo momento que los aprecian y los quieren tanto más cuanto más carentes se hallan de los bienes de la fortuna y de la naturaleza. Manifiesten mucha bondad a esa clase de niños. Lo que son los enfermos en una casa, eso son los niños pobres en una clase: fuente de bendición y prosperidad, cuando se les mira con los ojos de la fe y se les honra cual miembros doctos de Jesucristo”¹³.

La igualdad debe ser la suprema ley en la escuela de los Hermanos. En ella no debe haber preferencia ni privilegio alguno por razón de la persona, categoría o cualquier otra cualidad externa. Todos, ricos y pobres, deben ser tratados según sus merecimientos, capacidad, virtud y conducta personal. Esta igualdad ha de abarcar todos los aspectos educativos del niño: aula, estudios, premios y atenciones.

¹³ Vida, p. 595

En la escuela, el educador debe ignorar, si es posible, la situación social de sus alumnos y ver en ellos únicamente lo que le descubre la fe, no atender más que a su comportamiento personal, quererlos y tratarlos a todos como a hijos¹⁴.



El educador marista intenta hacerse presente entre todos aquellos que están a nuestro cuidado en nuestros centros, con el espíritu compasivo de Marcelino.

¹⁴ Cfr. Vida, p.361

BAJAR AL ENCUENTRO CON DIOS: CAMINO ESPIRITUAL.

Frecuentemente hablamos de subir al encuentro de Dios. Sin embargo, Pablo habla de bajar hasta el esclavo Jesús. “Tengan unos con otros las mismas disposiciones que estuvieron en Cristo Jesús: El, siendo de condición divina, no se apegó a su igualdad con Dios, sino que se redujo a nada, tomando la condición de siervo, y se hizo semejante a los hombres”¹⁵. Es así como el espíritu de fe que animaba al padre Champagnat, le hacía ver en los pobres la imagen de Jesucristo, hecho pobre por nosotros, y le infundía un profundo respeto hacia ellos¹⁶.

Ante el intento de estancarnos mirando al cielo con una nostalgia paralizante, somos invitados a mirar la tierra y el futuro donde Dios se va manifestando. El mensaje de san Pablo así como la invitación de Champagnat es a saber encontrarnos con Dios mirando hacia abajo, mirando al niño o joven necesitados de nuestros centros, expresando nuestra benevolencia y aprecio hacia ellos. Los ojos compasivos del educador marista hacia los alumnos más necesitados son expresión de un hondo camino espiritual. Camino marcado por la espiritualidad del corazón, la que nos lleva a identificar aquellos que son excluidos y desplazados y hacernos

¹⁵ Flp. 2, 5-7

¹⁶ Vida, p. 361

presentes entre ellos, apostando decididamente por defender su dignidad y buscar su inclusión¹⁷.

Como educadores maristas, cuando abrimos nuestros ojos y nuestros corazones para comprender el sufrimiento de los jóvenes, empezamos a compartir la compasión que Dios siente por el mundo. Nuestra fe nos hace ver el rostro de Jesús en los niños y jóvenes más vulnerables. Esta actitud nos lleva a encontrarnos con el Dios compasivo y misericordioso, con el Dios de los últimos, con el Dios samaritano, con el Dios apasionado por la humanidad. Este encuentro con Dios motiva la presencia comprometida, preferencial y coherente entre los niños y jóvenes en las periferias geográficas y existenciales, de la que nos habla el último Capítulo General.



¹⁷ Cfr. XXII Capítulo General, 2017



**LA ATENCIÓN A LOS MÁS NECESITADOS CONFORMA NUESTRA
IDENTIDAD PERSONAL COMO EDUCADORES MARISTAS Y NUESTRO
PERFIL INSTITUCIONAL.**

**ASÍ NOS LO EXPRESÓ CHAMPAGNAT: “SEAN BONDADOSOS CON LOS
NIÑOS MÁS POBRES, LOS MÁS IGNORANTES Y LOS MENOS DOTADOS”.**

**LOS OJOS COMPASIVOS DEL EDUCADOR MARISTA HACIA LOS
ALUMNOS MÁS NECESITADOS SON EXPRESIÓN DE UN HONDO CAMINO
ESPIRITUAL. ES BAJAR AL ENCUENTRO CON DIOS.**





RELATOS MARISTAS

EL NIÑO JUAN BAUTISTA BERNE

(VIDA, P. 599)

LOS OJOS COMPASIVOS DEL EDUCADOR MARISTA

Por aquella misma época, llamaron al p. Champagnat para confesar a una mujer enferma. La halló en tal desamparo, que ni leña tenía para la lumbre. La confesó, consoló y la exhortó a poner su confianza en Dios y ofrecerle sus sufrimientos y privaciones. Pero consciente de que en una situación así no bastan palabras de consuelo, mandó que le llevaran alimentos, ropa y combustible. Le consiguió, además, asistencia día y noche, y un médico para que la visitara y le ofreciese desinteresadamente sus servicios.

Cuando murió la mujer, el Padre Champagnat se hizo cargo de un hijo que dejaba. A secuencia de la larga enfermedad de su madre y su extremada pobreza, el muchacho no había recibido formación religiosa alguna. Pero había adquirido malas costumbres que le malearon el carácter y el corazón y anularon por largo tiempo los cuidados que le prodigaban. Los Hermanos, a quienes el Padre Champagnat lo había encomendado, no le dejaron carecer de nada en cuanto a alimentación y vestido; lo tuvieron en clase, se esforzaron por infundirle principios religiosos, por corregir sus defectos y malos hábitos. Pero, en vez de aprovechar tanta atención y mostrar agradecimiento, correspondía con insultos, ingratitud y rebeldía. Acostumbrado a vivir vagabundo y a merced de sus malas inclinaciones, no pudo

La expulsión de un niño – decía- es algo sumamente grave, el último y más terrible de los castigos.

soportar la sujeción que le exigía la vida reglamentada de un centro educativo, ni las lecciones y advertencias paternales de los Hermanos.

Se fugó varias veces, pues prefería mendigar el pan y vivir en la miseria que doblegar su carácter rebelde y someterse a la disciplina de la escuela.

Los Hermanos lo volvían a traer cada vez a casa, y adoptaron todos los medios que les sugería su celo para corregirlo, atraérselo e inspirarle mejores sentimientos. Pero, desalentados ante el escaso resultado de sus esfuerzos, terminaron por pedir al Padre que lo abandonara a su desdichada suerte. “Estamos perdiendo el tiempo con este niño -le dijeron-, y tarde o temprano tendremos que despedirlo.”

El piadoso Fundador, cuyo celo era más tenaz y comprensivo, les animó primero a tener paciencia y a rogar por aquel pobre desdichado. Pero al ver que insistían en la expulsión, les dijo: “Amigos, si lo que quieren es deshacerse de este pobre huérfano, les será muy fácil. Pero, ¿qué mérito pue-

den tener con echarlo a la calle? Si lo abandonan, ¿no les da miedo que Dios les pida cuentas de su alma? ¿No temen tampoco perder la oportunidad de ejercitar la caridad, el celo, y, por consiguiente, perder el mérito de conseguir que ese niño vuelva a la senda de la virtud? Si lo expulsan, Dios confiará a otro su cuidado y la gracia de educarlo; y, aunque demasiado tarde, lamentarán el haberse privado, por falta de paciencia, de tan gloriosa misión. Hemos adoptado a este niño; no podemos abandonarlo, tenemos que guardarlo por doloroso que resulte ver que no corresponde a nuestros desvelos. Pero hemos de trabajar sin descanso en conseguir que sea como deseamos.”

“Por lo demás –añadió -, tengan buen ánimo: Dios no puede consentir que sean estériles tantos sacrificios, tantos actos de caridad empleados con él. Encomiéndenselo a Dios y ya



verán cómo muy pronto les causará tanto consuelo como disgustos les ha ocasionado hasta el presente.”

Efectivamente, poco después, aquel chico que durante varios años había causado tantos disgustos a los Hermanos por su mal comportamiento, cambió radicalmente: se tornó manso, dócil, bueno y piadoso como un ángel. Después de hacer la primera comunión con edificantes disposiciones, pidió ser admitido en la comunidad, favor que le fue concedido. Lleno de aprecio por su vocación, fue un Hermano piadoso, observante y obediente, y murió como un predestinado a la edad de veintiún años, en los brazos del Padre Champagnat, después de haberle agradecido cuanto había hecho por él.

Este ejemplo nos recuerda las orientaciones que el piadoso Fundador daba a los Hermanos a propósito de los niños que por su conducta se exponen a ser despedidos de la escuela. “La expulsión de un niño – decía- es algo sumamente grave, el último y más terrible de los castigos. Las faltas que lo motivan son excepcionales si en la clase reina la disciplina y el profesor mantiene su autoridad. Si me preguntan qué faltas se hacen acreedoras a tal castigo, tengo que responderles que no conozco ninguna que por sí misma merezca esta sanción, cuando el muchacho que ha incurrido en ella es capaz de enmienda y está seriamente dispuesto a corregirse. En definitiva, la expulsión es tan sólo para quienes resulten incorregibles o cuyas costumbres contagian a los demás en la escuela.



IMPULSADOS POR EL XXII CAPÍTULO GENERAL:

COMPROMETERNOS EN LA TRANSFORMACIÓN DEL MUNDO, AL LADO DE LOS POBRES, ESPECIALMENTE LOS NIÑOS Y LOS JÓVENES.

ABRIR LOS OJOS DEL CORAZÓN Y ESCUCHAR EL LLANTO DE LOS NIÑOS Y JÓVENES, ESPECIALMENTE DE AQUELLOS SIN VOZ Y SIN HOGAR. SER CREATIVOS EN RESPUESTA DECIDIDA A SUS NECESIDADES. INCREMENTAR UNA PRESENCIA SIGNIFICATIVA ENTRE LOS NIÑOS Y JÓVENES EN LOS MÁRGENES DEL MUNDO.

SUGERIMOS EVALUAR Y AJUSTAR NUESTRA MISIÓN DE EVANGELIZACIÓN EN EL CONTEXTO DE LAS REALIDADES EMERGENTES.

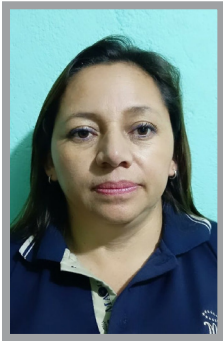




IDENTIDAD DEL MARISTA LAICO

PROFA. IRIS MÉRIDA
“Es lo que me apasiona”

ES LO QUE ME APASIONA



Profa. Iris Mérida

Centro Escolar H. Moisés Cisneros
Guatemala

Soy afortunada por haber encontrado un lugar que me permite trabajar y servir a la vez.

Durante varios años trabajé fuera del ámbito educativo y al mismo tiempo me puse al servicio de Dios, trabajando en mi parroquia, pero lamentablemente el tiempo era uno de los factores que no me permitía dar un servicio al cien por ciento. Le pedía constantemente a Dios que me permitiera tener un trabajo donde pudiera tener un poco más de tiempo para servirle.

Hoy veo la respuesta a esa petición, porque Dios, ¡no solo me dio más tiempo, sino que me lo dio a tiempo completo! Hace 11 años empecé a trabajar como maestra del colegio marista Centro Escolar “Hermano Moisés Cisneros” donde cada día me sorprendía al darme cuenta que ese era el lugar que Dios había reservado para mí. En ese lugar descubrí mi misión...

“**creo que en mis manos está dirigir, para dar respuesta a los niños más desatendidos, brindándoles una experiencia inolvidable que les permita conocer y amar a Dios**”



Me encontré con la pobreza, abandono, hambre, violencia, sufrimiento, miedo de muchos niños que han pasado por nuestra escuela. Ante esta situación yo me preguntaba, ¿qué puedo hacer para ayudarlos?, pues dar clases no era suficiente... como respuesta pensaba, que al pasar por la escuela los niños debían tener un encuentro con un ser especial que les dio la vida y que los ama profundamente... y esa, ¡era mi misión!

En este lugar me presentaron a un hombre que vibraba por lo mismo “Una buena educación para los niños y jóvenes más necesitados y más desatendidos”, ese hombre es Marcelino Champagnat, hombre que me inspiró. Me encontré también con dos hermanas maristas, Daysi y

Maria Laura, que pusieron su mirada en mí, para continuar la obra a la que ellas le habían puesto tanto amor y ésta era dirigir el centro educativo. Actualmente me encuentro sirviendo desde la dirección y creo que en mis manos está dirigir, para dar respuesta a los niños más desatendidos, brindándoles una experiencia inolvidable que les permita conocer y amar a Dios y dejarse guiar por una madre que es buena y que los acompaña siempre.

La experiencia ¡NO HA SIDO NADA FACIL!... ha habido momentos muy duros, porque duele ver sufrir a un niño que no tiene ganas de vivir, que no encuentra una salida a sus problemas, que no se siente amado por sus propios padres, que le faltan los alimentos básicos, que es golpeado por aquellas personas que debían amarlo, que es abandonado a su suerte, que debe vivir en medio de ambientes de drogas y alcohol y que deben trabajar duro para tener derecho a un plato de comida.

Me encanta ser parte de este hermoso proyecto que el padre Marcelino Champagnat nos dejó como legado y considero que mi misión debe enfocarse en dar alegría por vivir a los niños que no tienen oportunidades, brindarles lo necesario, amarlos y darles una educación de calidad. Sin lugar a dudas esta misión, es lo que me apasiona.

¡Me encanta ser MARISTA!



Me encontré con la pobreza, abandono, hambre, violencia, sufrimiento, miedo de muchos niños que han pasado por nuestra escuela.





CONTINUADORES DEL RELATO

CON MIRADA MISERICORDIOSA...

En mi experiencia como educador marista, recuerdo, cuando en nuestros colegios y escuelas éramos menos conscientes de esa mirada compasiva que tenía nuestro Fundador para con los niños más necesitados y desatendidos. Recuerdo, cuando hacíamos uso con más facilidad de los reglamentos y sanciones, que de la compasión y de la misericordia. Creo que, paso a paso, hemos ido siendo un poco menos exclusivos y un poco más inclusivos; y esto es bueno. ¿Será esto porque al volver sobre las huellas fundacionales nos hemos hecho más compasivos y misericordiosos? ¿O será porque en nuestros centros hemos entendido que debemos cuidar más nuestra matrícula? ¿O será por ambos? Cómo sea, la pregunta que me hago y les hago es ésta: ¿por qué quejarnos cuando nos encontramos con algunos de nuestros alumnos con problemas, derivados de su bajo rendimiento, de su ambiente familiar, de sus padres, etc.? ¿No nos damos cuenta de que, para eso hemos sido fundados como institución?

Ante el llamado que sentimos hoy día los maristas, de actualizar de forma continua el carisma educativo, no tenemos otra opción que seguir los pasos que San Marcelino y estar atentos a los más necesitados, teniendo hacia nuestros niños y jóvenes los mismos sentimientos de misericordia y amor que él nos inspiró, mostrando nuestra predilección por ellos.

Hno. Salvador García

ECOS DEL RELATO

Mensaje del XXII Capítulo General (2017)

Caminar con los niños y jóvenes marginados de la vida

Llamada que nos urge en el tiempo actual a:

- Abrir los ojos de nuestro corazón y escuchar el llanto de los niños y jóvenes, especialmente de aquellos sin voz y sin hogar.
- Ser creativos en respuesta decidida a sus necesidades.
- Huir de acercamientos paternalistas y empoderar a quienes no tienen voz.
- Incrementar una presencia significativa entre los niños y jóvenes en los márgenes del mundo.